

## Capítulo 2

### Contra el viento (1)

Los inviernos en el norte eran duros. Los vientos secos e implacables penetraban la ropa y picaban como cuchillas que se clavaban en la carne.

Dos carros tirados por caballos avanzaban lentamente por la llanura contra el viento azotador. Una docena de hombres iban sentados tanto dentro como en el techo de los carros.

Miraron a su alrededor, pálidos. Estaban exhaustos por el largo viaje. No tenían prisa, así que el trayecto no había sido físicamente agotador, pero los incontables días en el camino aún ponían a prueba su resistencia mental.

Lo peor era que, miraran en cualquier dirección que miraran, lo único que veían era una extensión interminable y plana de nieve.

Han pasado tres días desde que salimos de la frontera, pero no he visto a nadie. Siento que he entrado en un mundo completamente diferente, como si me estuviera asfixiando en un manto de nada blanca.

“¿En serio tenemos que pasar tres años en este lugar desolado?” murmuró para sí mismo un hombre sentado en el techo de uno de los vagones.

Los hombres que lo rodeaban cerraron los ojos y se estremecieron al pensarlo.

La carreta en la que viajaban estaba llena de comida y artículos de primera necesidad para sobrevivir al duro invierno. Con tanta comida, era imposible que pasaran hambre, pero ni siquiera eso les bastó para sentirse mejor.

Una gran fortaleza apareció a lo lejos. A primera vista, era grandiosa e imponente, con las imponentes torres de unas pocas docenas de majestuosos palacios sobresaliendo por encima de las colosales murallas. Sin embargo, al observarla más de cerca, la inquietante fortaleza no mostraba señales de vida humana, como si hubiera sido abandonada hacía mucho tiempo.

Este era el lugar donde se alojarían durante los próximos tres años. Se acercaban a su destino, pero la motivación de los hombres estaba por los suelos.

"¡Mierda!"

Al ver a sus hombres desanimados, el capitán del grupo pateó furioso, pero no dijo nada más. Estaba tan deprimido como los demás.

Su nombre era Jang Pae-San. Era el capitán de la Tercera Compañía de mercenarios afiliados a la Cumbre del Cielo. Los hombres en los carros eran todos sus subordinados.



Al acercarse a la puerta principal, Jang Pae-San gritó a sus hombres: "¡Pronto tomaremos la custodia de la fortaleza de manos de la Segunda Compañía, así que ánimo! ¡No se atrevan a avergonzarme delante de ellos!"

"¡Sí, señor!"

Frente al feroz Jang Pae-San, con aspecto de bandido, incluso los hombres más duros y fuertes se volvían dóciles y obedientes. Jang Pae-San tenía un temperamento explosivo y violento que obligaba a sus hombres a andar con cuidado a su alrededor para no provocar la "Erupción Volcánica del Monte Jang Pae-San".

El vicecapitán Seo Mu-Sang (蘇慕尚) se puso de pie en el techo de un carro y ordenó: "¡Todos revisen sus armas!"

Seo Mu-Sang era un joven de veintipocos años, de personalidad tranquila y racional. Debido a que nunca mostraba emociones, los hombres murmuraban sobre su sangre fría.

Seo Mu-Sang levantó la vista y miró hacia la puerta principal de la fortaleza. La gran placa que antes estaba allí, con el nombre de la fortaleza, había desaparecido. La puerta estaba en mal estado y llena de grietas y abolladuras.

Por suerte, las murallas aún estaban lo suficientemente intactas como para distinguir el interior del exterior de la fortaleza. Había una extraña inscripción en las paredes, pero nadie le prestó mucha atención.

Durante el clímax de la guerra contra la Noche de Paz, esta fortaleza albergó a más de diez mil soldados de todas las Llanuras Centrales. Había docenas de cuarteles militares idénticos, villas sin nombre y otras instalaciones esenciales para vivir. En la Fortaleza del Ejército del Norte vivía más gente que en todo un condado.

De hecho, esta fortaleza era tan grande que incluso quienes llevaban muchos años viviendo aquí podían perderse fácilmente en su laberinto y perderse sin remedio. Por ello, el Ejército del Norte solía repartir mapas a quienes la visitaban por primera vez.

Sin embargo, estos edificios, otrora majestuosos, ahora están en ruinas, reducidos a una mera sombra de lo que fueron.

"¿Es esta realmente la Fortaleza del Ejército del Norte?" murmuró Seo Mu-Sang. "Esta era la Fortaleza del Ejército del Norte. También es el lugar donde pasaremos los próximos tres años. ¡Al diablo con esto!", maldijo Jang Pae-San. Para él, el hecho de que esta fortaleza fuera el cuartel general del famoso Ejército del Norte no importaba. Simplemente le repugnaba y le enfurecía la idea de vivir en un lugar tan desamparado durante tres años. Por otro lado, Seo Mu-Sang contemplaba las ruinas de la Fortaleza del Ejército del Norte con reverencia.



Aunque el Ejército del Norte ya no existía, unirse a él había sido el sueño de muchos jóvenes artistas marciales. El peso de las palabras "Ejército del Norte" pesaba profundamente en los corazones de Seo Mu-Sang y los demás jóvenes guerreros.

¡Chillido!

Un chillido ensordecedor resonó al abrirse las puertas oxidadas. Un grupo de hombres salió de la fortaleza, pero a diferencia de los jóvenes que recordaban el pasado, estos tenían una mirada penetrante y un aura intimidante.

Jang Pae-San vio un rostro familiar entre los hombres y saludó: "Capitán Seo".

—Oh, ¿quién es este que veo? Supongo que esto te convierte en mi sustituto. Capitán Jang.

El capitán Seo estrechó la mano de Jang Pae-San.

"Sí, desafortunadamente."

¡Tsk tsk! El capitán Seo chasqueó la lengua. Llevaba más de dos años atrapado allí. Esos años habían sido una auténtica miseria para él y sus hombres. Por eso, ansiaba con ansias volver a casa. Hoy, por fin, había llegado el día de su partida.

Los sentimientos de los hombres de la Segunda y la Tercera Compañía eran totalmente opuestos. Los primeros estaban entusiasmados y los segundos, deprimidos. Para la Tercera Compañía, las puertas del infierno acababan de abrirse y los aguardaban a un largo período de sufrimiento y desesperación.

El capitán Seo puso una mano sobre el hombro de Jang Pae-San y lo apresuró.

"Vamos adentro."

Jang Pae-San y el resto de la Tercera Compañía siguieron al Capitán Seo, mientras la Segunda Compañía escoltaba los carros hasta la fortaleza.

Desde dentro, la Fortaleza del Ejército del Norte parecía aún más ruinoso que desde fuera. Los edificios principales estaban apenas intactos, y la mayoría de los secundarios se habían derrumbado por completo. Además, cualquier rastro de civilización humana estaba siendo erosionado gradualmente por la vegetación de la naturaleza.

Entre las ruinas solo había unos pocos edificios utilizables. Jang Pae-San observó una mansión bien cuidada en la parte más interna de la fortaleza.

"¿Es ese?"

"Sí, esa es la prisión".

¿Prisión? Entonces...



El capitán Seo asintió en silencio. Tras recibir su confirmación, Jang Pae-San vio la mansión desde una perspectiva completamente diferente. La Tercera Compañía también siguió la mirada de su capitán y miró hacia la mansión.

De repente, la puerta de la mansión se abrió, acompañada por el crujido de bisagras oxidadas. Un adolescente escuálido, de unos quince o dieciséis años, salió. Llevaba el pelo negro, largo hasta los hombros, suelto, y un largo flequillo le cubría los ojos. Solo se le veían la nariz, los labios y la barbilla.

Jang Pae-San creía que este chico debía tener una personalidad muy testaruda, por su nariz afilada y labios fruncidos. Aunque no lo pareciera, emanaba el aura de un lobo solitario. No era el aura que debería tener un chico de quince o dieciséis años. Sin embargo, le sentaba inesperadamente bien.

El Capitán Seo y la Segunda Compañía se pusieron tensos al ver al chico. En contraste, Jang Pae-San y la Tercera Compañía parecían confundidos, con indicios de lástima y desconfianza en sus ojos.

El capitán Seo se movió para interceptar al niño, diciendo: "Tienes que informarnos con anticipación si quieres salir".

El chico se detuvo en seco y miró al capitán. Al menos, parecía que lo miraba, pues sus ojos estaban ocultos bajo el pelo. El capitán sintió que, de alguna manera, podía percibir la mirada del chico.

Tras mirar fijamente al capitán un rato, el chico finalmente dijo: «Solo estoy dando un paseo. No voy a salir hoy».

La voz del niño era muy suave, apenas un susurro. Uno pensaría que, a menos que se prestara atención, no se lo habría oído. Pero a pesar del bajo volumen, sus palabras se entendían fácilmente.

Todos, incluso los hombres de la Tercera Compañía, que se encontraban a lo lejos, podían oír al chico, no solo el Capitán Seo, que estaba justo frente a él. Aun así, a nadie le extrañó. Quizás se debía al aura única del chico.

"Te creo."

El chico asintió ante la respuesta del capitán Seo y se marchó. Ninguno de los soldados le quitaba la vista de encima mientras se alejaba.

Sólo cuando el niño desapareció por una esquina, Jang Pae-San preguntó: "¿Era ese el niño?"

Sí. Es el último heredero del Ejército del Norte.



El niño se detuvo un momento y observó su entorno.





La fortaleza, que no había recibido mantenimiento durante dos años, estaba en ruinas. Afortunadamente, aún quedaban dos edificios residenciales intactos: la mansión donde vivía el chico y el cuartel donde vivían los mercenarios afiliados a la Cumbre del Cielo. Todas las demás estructuras defensivas y militares habían sido destruidas, dejando solo escombros.

El niño se había acostumbrado al paisaje desolado, pero aun así, le dolía cada vez que lo veía. Este era el lugar que su padre, su abuelo y sus antepasados se habían esforzado por proteger.

El nombre del chico era Jin Mu-Won. Técnicamente, era el Señor del Ejército del Norte. Dado que este se había disuelto en desgracia, llamarlo Señor era una forma de humillación. Tras los sucesos de hacía dos años, ninguno de los antiguos guerreros había decidido quedarse y todos habían partido en busca de mejores oportunidades.

La Cumbre del Cielo, la mente maestra detrás de la destrucción del Ejército del Norte, florecía en pleno corazón de las Llanuras Centrales. Muchas sectas que antaño habían sido leales al Ejército del Norte ahora juraban lealtad a las facciones lideradas por los Cuatro Pilares del Norte. Incluso los artistas marciales que vivían fuera de los dominios de los Cuatro Pilares sabían lo lucrativo que era el empleo allí.

"¿Adónde se han metido? Espero que tengan suficiente para comer y vivan felices", rió Jin Mu-Won con autodesprecio.

Despreciaba a las personas que habían decidido abandonar el Ejército del Norte.

El Ejército del Norte se había creado con la ayuda de la Cumbre Celestial y también había sido aniquilado a manos de la misma Cumbre Celestial. Su padre había sido demasiado generoso como para obligar a todos los guerreros del Ejército del Norte a suicidarse en masa con él, y les había ordenado que se marcharan.

"Aun así, no pensé que todos ustedes se mudarían tan lejos".

Jin Mu-Won se rascó la cabeza. No podía abandonar aquel lugar. Aunque el Ejército del Norte hubiera caído, él seguía siendo su Señor. Un Señor no puede abandonar su territorio.

"Haaah..." Jin Mu-Won suspiró.

Por más que lo intente no puedo evitar suspirar.

Tras la muerte de Jin Kwan-Ho y la disolución del Ejército del Norte, este dejó de representar una amenaza para la Cumbre del Cielo. Quienes habían perdido su sustento sintieron que no les quedaba otra opción que irse. Pero que se hubieran rendido no significaba que Jin Mu-Won también lo hubiera hecho.

Con la excusa de vigilar la Noche Silenciosa, la Cumbre del Cielo envió a sus mercenarios afiliados a la fortaleza del Ejército del Norte. Oficialmente, él era el propietario y la Segunda Compañía sus inquilinos.



Sin embargo, nadie había visto rastro alguno de la Noche de Paz durante treinta años. El mundo entero creía que la Noche de Paz había sido completamente destruida y que el Ejército del Norte se había disuelto porque ya no era necesario que siguiera existiendo como fuerza principal para defender el frente.

El verdadero trabajo de los mercenarios no era vigilar a Noche Silenciosa, sino vigilar al último heredero del Ejército del Norte.

Jin Mu-Won vagaba sin rumbo entre los escombros. Tras los sucesos de ese día, el enemigo no había abandonado la fortaleza de inmediato. Los Cuatro Pilares se llevaron los suministros militares más valiosos. El oro y otros objetos de valor fueron saqueados en un instante. Incluso armas como espadas y dao fueron robadas. Gracias a esos ladrones, Jin Mu-Won se quedó sin un céntimo.

“No sé qué pasará en el futuro, pero pase lo que pase, sobreviviré”.

Jin Mu-Won negó con la cabeza. Solo tenía quince años, una edad en la que la mayoría aún dependería de sus padres, pero había madurado tan rápido que se sentía como un anciano.

Jin Mu-Won entró en una torre que aún conservaba el techo. Antiguamente, esta torre era conocida como la Gran Biblioteca. Su nombre se debía a los diez mil valiosos tomos académicos y manuales de artes marciales que se guardaban aquí.

Esta torre en ruinas ya no hacía honor a su nombre de Gran Biblioteca. La mayoría de los valiosos tomos se habían dispersado por todo el mundo, dejando solo unos pocos sin valor. El centenar de libros que quedaban podían clasificarse en dos categorías: libros de filosofía y manuales de artes marciales de baja calidad (por ejemplo, Puño de las Seis Direcciones, Tres Fundamentos de la Esgrima, Pasos de Nube). Todos estaban colocados en la misma estantería.

Jin Mu-Won se paró frente a la estantería y sacó el manual de los Tres Fundamentos de la Esgrima.

Así como el mundo se divide en los cielos, la tierra y el Hombre, también lo hace la esgrima.

Esta línea parecía sofisticada, pero el manual solo contenía los tres fundamentos del uso de la espada. Era tan simple que ningún artista marcial que se precie lo llamaría esgrima.

Jin Mu-Won conocía la verdad sobre el libro. Aun así, lo leyó con atención una y otra vez para comprender plenamente los Tres Fundamentos de la Esgrima. Estaba tan concentrado que tardó media hora en terminar un libro de tan solo unas pocas páginas.

No había mucho que hacer en esta tierra árida, y los mercenarios nunca interactuaban con él. El tiempo transcurría tan lentamente que cada día inmutable parecía un año. Leer era una de las pocas actividades que le quitaban mucho tiempo, así que Jin Mu-Won visitaba la Gran Biblioteca a diario y leía cada libro una y otra vez.



Para entonces, ya había memorizado el contenido de todos los libros, palabra por palabra. Sin embargo, al día siguiente, volvía a leer un libro memorizado. De todas formas, no había nada más que hacer.

La Cumbre del Cielo temía que Jin Mu-Won aprendiera artes marciales y se vengara de ellos, así que envió mercenarios para observarlo. Pero tras observarlo de cerca durante dos años, el capitán Seo y sus hombres concluyeron: No quedaba ningún manual de artes marciales para que Jin Mu-Won aprendiera.

¡Vaya, esta gente es realmente codiciosa! ¿Se llevaron todo menos la basura más despreciable? Supongo que ser insensible y descarado también es un talento, pensó Jin Mu-Won.

Siempre que estaba solo, Jin Mu-Won hablaba consigo mismo. Si no lo hiciera, probablemente nunca tendría la oportunidad de hablar.

Jin Mu-Won volvió a dejar el manual en el estante. Normalmente, sacaría otro libro y empezaría a leer, pero hoy no tenía ganas. Salió de la Gran Biblioteca y se dirigió a su mansión.

En ese momento, una poderosa ráfaga de viento casi lo arrolló.

El invierno había comenzado.

Trayendo consigo las furiosas tempestades del Norte.

